

## Mensaje a los alumnos de primer ingreso. Generación 95

Federico Ortíz Quezada

Secretaría de Salud y Facultad de Medicina, Universidad Nacional Autónoma de México

(Recibido, octubre 26, 1994; aceptado, noviembre 30, 1994)

Al verlos a ustedes, jóvenes médicos, no puedo dejar de recordar los orígenes de mi vida como médico. Evocación que acude intensamente y en el camino recoge jirones de ilusiones, experiencias, fantasías, fracasos. No puede ser de otro modo, no es la verdad de mi juventud la que me invade ahora, sino la sombra que esa realidad proyecta en mi vida. Así las cosas, me inclino hacia el pasado y lo escruto en busca de un sentido para la acción de quienes habitamos un país de muchos modos dolido y al que pretendemos aliviar.

Si ahora me dispongo a reconstruir una crónica, es decir, un poco de la historia de la medicina moderna, es por que vislumbro que lo nuestro sólo puede ser contado como el inevitable encuentro del hombre con su sociedad; entre la vocación médica y el ámbito en que ésta se cumple.

El médico ha tenido rostros diversos en un mismo ser, encarnaciones múltiples, a lo largo de la historia. Somos testigos privilegiados del íntimo desvalimiento de los seres y de sus más profundos terrores. Por ello y, como consecuencia de ello, hemos sido brujos, magos, humanistas, científicos, técnicos, artistas, filósofos, cronistas, y más, pero siempre enemigos de la muerte. El médico que, llegado a este final del siglo XX, contempla la doble perspectiva de la historia y el ensueño, se apresta, como en el pasado a ingresar a la utopía; mundo nuevo, al tiempo que contempla con horror la supervivencia de la época que cobija no únicamente las guerras más monstruosas de la humanidad, sino que incorpora también como parte de su ser, los más definidos e impensados éxitos de la práctica médica. Curiosa y dramática dualidad en la que a los médicos corresponde la lucha por la vida.

Combate que data de muchos siglos, desde que el hombre entendió que su principal enemigo era el dolor. Así, hablar hoy de los logros de la medicina contemporánea, implica relatar éxitos y fracasos a lo largo de la historia. Significa hablar de la evolución

del pensamiento médico y, al hacerlo, darnos cuenta cómo esas historias aisladas, vistas desde nuestra atalaya, trazan en la superficie de la historia, una trayectoria ininterrumpida en la que cada hallazgo y aun cada descalabro en nuestra práctica adquieren un sentido, en tanto que son líneas que colaboran a dibujar el rostro de la medicina contemporánea.

Entendiendo esto, comprenderemos también cómo entre nosotros y el hombre primitivo subsiste una fundamental identidad: el temor ante la enfermedad y la muerte. Lo que ha evolucionado son los conocimientos y la eficiencia del ser que nos defiende de ellas: el médico. Tal evolución se inicia en el momento en que el médico primitivo estableció como primera hipótesis, para explicar el fenómeno de la enfermedad y la muerte, la causalidad sobrenatural y, a partir de ella, enfrenta el daño y el deterioro humano, con una acción médica basada en la religión y en la magia.

De este modo, las imágenes del sacerdote, el brujo y el médico se superponen y de algún modo se fijan en el inconsciente colectivo donde subyacen hasta el día de hoy en que todavía la idea del médico, por más científicos que sean nuestros métodos, no ha perdido del todo su aura mágica y así, con esa mirada con la que hoy, frente a la muerte inminente, solicitamos del médico un milagro, estamos certificando de qué modo los seres del siglo XX no somos recién llegados al mundo, sino que por el contrario acumulamos en nuestro ser sabidurías y confusiones milenarias que habitan calladamente en nuestra sangre, en nuestros genes y nos mueven, aun hoy, a asociar, por ejemplo, la enfermedad con la violación de alguna norma moral del mismo modo que lo hacían los antiguos pobladores de Mesopotamia, cuna de nuestra civilización, que veían en la enfermedad el castigo de los dioses y acudían en busca del médico vidente quien escrutando el hígado de animales sacrificados intentaba establecer la causa en el pecado.

Desde entonces y hasta hoy, esta noción de la causalidad moral de la enfermedad y su raíz sobrenatural ha acompañado al hombre que, no obstante esto, fue paralelamente distinguiendo condiciones naturales de los males que aquejan al hombre, tales como la vejez, la fatiga, la mala alimentación o la insalubridad de su morada.

Entre otras, las culturas precolombinas dieron este paso y así su práctica médica estuvo constituida por una mezcla de religión, magia y ciencia. Aquí cabe una reflexión interesante: conforme la enfermedad y la muerte dejaron de ser consideradas instrumento de la justicia inescrutable de los dioses, fue, por una parte, creándose un espacio para el advenimiento del pensamiento científico; pero en lo profundo de la conciencia humana fue abriéndose paso la aterradora noción de que si la enfermedad y la muerte no eran asunto de los dioses ni respondían a ninguna justicia y el hombre seguía enfermando y muriendo, entonces se estaba librando el más angustiante y azaroso de los absurdos, puesto que el hombre se encontraba en calidad de desvalido y muriente extranjero del cosmos.

Esta es la contraparte, el precio que hoy estamos pagando, por un progreso humano cuyas bases e ideas motoras se establecieron en la antigua Grecia; lugar en el que surgió el médico filósofo que concibió a la enfermedad como consecuencia de causas naturales ubicables dentro y fuera del cuerpo. Resultado de esto fue el establecimiento de métodos racionales para la obtención de la salud. Asistimos pues, a la crisis de la concepción mágica. Este tránsito que va de Hipócrates, 400 años a. de C., a Galeno, siglo I de nuestra era, es prolífico en filósofos e investigadores de la naturaleza (baste recordar a Aristóteles y a Platón) cuyos hallazgos y métodos modificaron sustancialmente a la medicina, que, a partir de ellos, basó su conocimiento y práctica en la observación y la experimentación.

Fue tal la pasión, de aquel mundo griego, por el pensamiento y sus alcances, que en su seno hubo de surgir la primera gran utopía social concebida por la humanidad: *La República*, de Platón. Estado imaginario en el que los esquemas políticos, sociales y económicos concebidos y aplicados por la razón habrían de conducir al hombre a la salud y a la felicidad. Elaboración ideal de la mente humana que entonces, como hoy, parece estar siempre a punto de alcanzar la felicidad; obstinándose, sin embargo, en permanecer como un místico territorio cuyo tiempo de cumplimiento es empecinadamente el inasible futuro.

Hoy sabemos ya cómo lejos del cumplimiento de la utopía, el curso de la humanidad viró hacia una enérgica reinstauración de las concepciones teocéntricas de las que fue portador el cristianismo que vino a relegar, por un largo tiempo, la República de los Filósofos sustituyéndola por la Ciudad de Dios. La patria celestial, único territorio donde los males del hombre tendrían feliz término.

En este nuevo mundo organizado dentro del esquema socioeconómico del feudalismo, apareció el médico cristiano, nueva faceta de este ser cuya historia estoy relatando. Este médico se sabía instrumento de Dios y conocía de qué modo su trabajo era provisional, puesto que la salud definitiva no era de este mundo sino el resultado de un proceso sobrenatural llamado salvación eterna. En estas condiciones el médico cristiano procuraba, antes que nada, confortar a ese ser, enfermo de vida, que muere por que no muere, que se halla en tránsito hacia la verdadera vida. Más que la ciencia, lo suyo fue la piedad, la abnegación y la compasión por estos seres a los que trata de hacer llevadera esta mala noche pasada en una mala posada, como decía Santa Teresa refiriéndose a la existencia.

No estoy contando simplemente la historia del pasado; estoy tratando de que entendamos de qué manera nuestro pensamiento presente acerca de la salud y de la enfermedad es consecuencia no de la cancelación, sino de la superposición de todo lo que el hombre ha ido concibiendo al respecto. De que tenemos siglos de edad y de que, en esas condiciones, la magia, la filosofía y el cristianismo, son componentes de nuestra actitud ante la vida, la enfermedad y la muerte.

Un elemento más, de esta compleja fórmula, fue apartado por el Renacimiento que, al reevaluar el pensamiento clásico, hizo posible una reinterpretación de la historia y del hombre, quien, recuperada su fe en sí mismo y en sus posibilidades, reencontrando el gusto por la vida, se lanzó a conquistar los nuevos territorios del arte, la geografía y la naturaleza.

Después de un distanciamiento de siglos, seres como Erasmo, Leonardo, Colón, Miguel Ángel y otros simbolizan el gozoso reencuentro del hombre con el mundo visible, sus mármoles, paisajes, océanos, bellezas y rincones inexplorados. Si la naturaleza había sido vista como amenaza y más tarde como lección viva de la omnipotencia divina, ahora el hombre renacentista decidiría desentrañar sus leyes, dominarlas, rotularlas y convertirlas en paisaje humano.

Bien mirado, todavía estamos en esa tarea cuyos lineamientos fueron anunciados por aquellos seres del Renacimiento quienes de nuevo, como Platón, vislumbraron la utopía, la armónica felicidad aquí en la Tierra y dibujaron por mano de Tomás Moro o de Francis Bacon el mapa de los anhelados ámbitos en los que la sociedad humana, guiada ahora por los científicos, sería finalmente sana, próspera, prudente y buena.

Aun sin lograrse, estas nuevas utopías liberaron, sin embargo, tales energías que el mundo se transformó y permitió, entre otras cosas, el advenimiento del médico científico, quien por primera vez se lanzó a fondo a la tarea de conocer la enfermedad y sus leyes para obtener la curación. El arranque de esta aventura, protagonizada por el médico científico, fue lento y titubeante y tuvo que ir conquistando un espacio para la ciencia a base de irle disputando territorio a la teología y al pensamiento religioso. Aquí se encuentra la importancia de médicos como Andrés Vesalio, William Harvey o Paracelso.

Con el advenimiento de la industrialización y de los males y dolencias que surgieron como resultado de este proceso, el médico científico se vio enfrentado a una nueva responsabilidad resultante de su insoslayable preocupación por la colectividad sometida, al conjuro del progreso industrial, a condiciones de vida de tal modo insalubres que este médico, junto con economistas, sociólogos y filósofos, pudo establecer que la humanidad había llegado a un punto en el que la pobreza era y es la primera causa de enfermedad y muerte.

Indefectiblemente, el médico se convirtió en el abogado natural de los pobres y en esas condiciones tuvo que asumir los problemas sociales como parte de su responsabilidad: "La medicina es una ciencia social y la política no es otra cosa que medicina en gran escala", escribió Rodolfo Virchow, médico y antropólogo alemán del siglo XIX. Ante tal panorama, que en mucho sigue siendo nuestro, no es de extrañar que dentro de la elaboración del pensamiento utópico del siglo XIX, médicos, filósofos y economistas, contemplaron como primer objetivo la eliminación de la miseria, la gran enfermedad, la peste más letal de todas.

Como ya había sucedido antes, la consecución de la utopía quedó en suspenso. No derrotamos la gran peste; pero, puestos en la lucha, hemos podido, a través del advenimiento de la teoría microbiana, la antisepsia y el descubrimiento de los antimicrobianos, derrotar y controlar algunas de sus manifestaciones.

Una rápida acumulación del saber médico y la existencia de un mayor número de enfermos en los hospitales, posibilitaron una medición más exacta del fenómeno patológico y, a resultas de esto, se pudieron formular leyes generales para explicar la relación causa efecto en el proceso de las enfermedades. La medicina del siglo XIX se transformó en una disciplina centrada en el conocimiento científico de lo concreto, lo observable y lo medible. Se conquistó el dolor con la anestesia, se desarrolló la fisiología experimental, apareció la teoría celular de la enfermedad y el médico entendió y asumió la necesidad de ampliar su campo de conocimientos hasta el ámbito de las ciencias sociales.

Hasta aquí he reconstruido la historia del médico y de sus diversos avatares: médico brujo, médico filósofo, médico cristiano, médico humanista, médico científico, médico social. Todas estas facetas configuran el rostro del médico de hoy, lanzado, como siempre, en pos de nuevas utopías.

Voy ahora a fijar nuestra atención en el siglo XX como época en la que el médico ha asistido al cumplimiento de algunas de las metas del pasado, al fracaso de otras y al advenimiento de nuevas utopías. Ya Benjamín Franklin escribía que "todas las enfermedades pueden evitarse o curarse por medios seguros, sin exceptuar la vejez"; por su parte, Fourier, el filósofo francés, avizoraba una prolongación de la vida humana hasta los ciento cuarenta y cuatro años y Virchow señalaba que la enfermedad desaparecería en cuanto acabáramos con la miseria. Postulados todos éstos de los anhelos médicos del siglo XIX. Parcialmente realizados en este siglo nuestro, que ha enfrentado la enfermedad con éxito inimaginable en el pasado, gracias a las armas que la ciencia ha puesto en nuestras manos.

El médico de hoy es, debido a todo esto, un ser cuya acción tiene una eficacia inverosímil cien años antes. Se mueve y actúa con una seguridad que ha tardado siglos en conquistar. Si esto no bastara, sabe además, y esto se lo debe a Freud, de las raíces psíquicas de la enfermedad y del definitivo papel que juega el paciente en el proceso de su curación.

Los éxitos se han sucedido uno tras otro. Se han denominado enfermedades antaño mortales. La cifra de mortalidad por tuberculosis, el gran mal del siglo XIX, ha ido reduciéndose hasta llegar, en algunos países desarrollados, a cero. Lo mismo aconteció con la difteria y muchas otras enfermedades infecto contagiosas. La esperanza de vida al nacer aumentó,

al correr de este siglo, de 29 a 75 años. Así hemos constatado de qué modo es cierta la afirmación del novelista francés André Gide: "La realidad del mañana está hecha de las utopías de ayer y hoy".

Deslumbrado por los logros iniciales, hechizado por el conocimiento y el avance tecnológico, el médico del siglo XX ha llegado a pensar que la definitiva derrota histórica y geográfica de la enfermedad es sólo cuestión de tiempo. Así, el soviético Kedrov sostenía en 1960: "El objetivo próximo de la medicina actual es la prolongación de la vida hasta los doscientos años, con una total conservación de la juventud y la belleza... En el futuro no habrá enfermedades".

Elemento sustancial de este optimismo ha sido también en nuestro siglo, el desarrollo de las tesis de la seguridad social y el surgimiento del estado benefactor que se constituye en muchos países como el gran administrador de la salud. Paralelamente a esto se alcanzaron importantes logros en cirugía, en trasplantes, en manipulación genética, en anti-concepción, en conocimiento de agentes neuroquímicos; de tal forma, que se llegó a una nueva moral y se anticipa ya la conquista del cáncer, del que se conocen sus causas y su comportamiento biológico.

Paso a paso hemos testimoniado la medicalización del mundo moderno y se ha estado a punto de hablar, dados los nuevos poderes, ante la vida y ante la muerte, de un nuevo médico, el médico dios.

Sólo que... ésta no es la única verdad; aquel optimismo de principios de los años sesenta ha ido eclipsándose conforme nos hemos ido dando cuenta que aquellas aspiraciones de un mundo sin enfermedad eran imposibles de alcanzar en la práctica debido, entre otras cosas, a la compleja interrelación de los seres humanos y las sociedades. Así, todavía en las postrimerías del siglo XX, la mortalidad infantil promedio es siete veces más alta en los países pobres que en los ricos, y si para un norteamericano la esperanza de vida al nacer es de setenta y seis años, para un habitante de las regiones aledañas al Sáhara dicha cifra oscila alrededor de los cuarenta y cinco.

Al lado de esto se contempla también el aumento notable en la incidencia de ciertas enfermedades como el cáncer, las alteraciones de la conducta y los padecimientos cardiovasculares. Paralelamente a la derrota de las enfermedades infecciosas surgen los riesgos laborales, la neurosis y la depresión como los males de nuestro siglo. Todas estas certezas abrumadoras constituyen para el médico, a punto de

ser declarado médico dios, un violento llamado a la humildad y a la conciencia. La lucha está muy lejos de haber concluido. Novelistas de nuestro siglo, como AJ Cronin y Albert Camus así lo han entendido al concebir, cada uno desde su perspectiva, una imagen del médico contemporáneo como un médico revolucionario, inconforme con la injusticia, solidario con el pobre y dispuesto a la lucha contra esta gran peste que sigue enfermando al cuerpo de los individuos y al cuerpo de la sociedad.

Es por esto que en los últimos años hemos asistido a este proceso de la medicina que reflexiona sobre sí misma en busca de una clasificación de sus objetivos; en busca de un nuevo tipo de médico, habitante lúcido de su mundo y dotado no sólo de ciencia, sino también de conciencia.

Vale la pena señalar que todos los descubrimientos que han cambiado la suerte del hombre enfermo, desde la insulina hasta la recombinación genética, desde la vacunación antipoliomielítica hasta la implantación de una rodilla mecánica, han sido el resultado de una extensa cadena de acontecimientos que culminan en la labor de algún investigador rigurosamente instruido que aplica una correcta metodología científica. Siempre hay una causalidad en la aparente casualidad.

Así, los progresos médicos aparecen conforme se conocen mejor la especificidad de los fenómenos estudiados y las relaciones entre estructuras y funciones. Ya lo había señalado en alguna otra parte: la medicina es la única disciplina que emerge de las universidades medievales y desarrolla una conexión estable y creciente con la ciencia y la tecnología. Dada esta circunstancia, podemos entender cómo el desarrollo de disciplinas tan diversas como son la física, la química, las matemáticas, terminan por expresarse en la teoría y la práctica médica, convirtiéndose en biofísica, bioquímica, bioestadística, etcétera.

Esta vocación interdisciplinaria y esta vinculación con la ciencia son las que finalmente nos explicarían el vertiginoso desarrollo médico del siglo XX, pero son también los elementos que nos obligan a ser cautos en nuestras previsiones para el futuro de la ciencia médica que hoy por hoy, al incorporar las ciencias sociales a su acción, contempla la crisis de muchos de sus modelos paradigmas e instituciones. Así las cosas, lo primero que se avizora es un reajuste profundo del modelo biomédico que tendrá por fuerza que incorporar lo psíquico y lo social a sus planeamientos

de salud y enfermedad. Estamos pues frente a una nueva utopía médica y supongo que, como sucedió en el pasado, este nuevo anhelo sólo se realizará parcialmente. Así es como ha caminado el progreso: nuevos sueños que engendran nuevas realidades, nuevos hombres, nuevos médicos.

En eso pensaba yo, ahora que venía a la Facultad de Medicina a charlar con ustedes: en el médico que serán. Demiurgo, servidor de la especie y de su

empecinado ímpetu de eternidad. Perseguidor de utopías. Por ello quise relatarles un poco de nuestra historia y la forma en que nuestra acción ha colaborado decisivamente a que los ensueños se vuelvan realidades. He querido, viéndolos a ustedes, dejar constancia de nuestro rostro actual. El médico en el momento que renuncia a ser dios y se asume, una vez más, como factor de transformación al servicio de la humanidad. De nuevo, ante la crisis de la historia, en pos de una utopía.